

Hermanos de Jesús.

De Carlos de Foucauld/Farlete 96

Antonio Calvo

*Del Consejo de redacción de Acontecimiento.
Miembro del Instituto E. Mounier.*

Cuando metemos la mano en una palangana de agua, cuando atizamos el fuego con un fuelle de bambú, cuando alineamos interminables columnas de cifras en la oficina del contable, cuando el sol nos quema y estamos hundidos en el fango de los arrozales, cuando estamos de pie ante el horno del fundidor, si no realizamos entonces justamente la misma vida religiosa que si estuviésemos en oración en un monasterio, el mundo nunca será salvado.

Gandhi

Hemos venido a Farlete, un pueblo pequeño y reseco de los Monegros, en la provincia de Zaragoza, para encontrarnos despacio con unos hombres que, desde hace más de cuarenta años, conviven con las gentes de estas tierras compartiendo las mismas condiciones de vida que ellas, pero para quienes, a diferencia de la mayoría de sus vecinos, esas condiciones son la forma de contemplar a Dios en la historia y de hacerle presente.

En el año 1956 viene el noviciado a Farlete. La guerra de Argelia, a las puertas de cuyo desierto habían iniciado su andadura alrededor del año treinta, les hace

adoptar esta decisión. En España eran tiempos de postguerra, y, según su opción de vida, vinieron a establecerse en un lugar semidesértico, rural, y dolorido aún por la guerra fratricida. Era una España nacional-católica, el aterrizaje de una orden religiosa sin hábitos y con el proyecto de compartir la vida tan poco atrayente de unos pueblerinos perdidos en un secarral no debió ser fácil.

Con el tiempo, lo que fue un noviciado internacional ha pasado a ser una «simple» fraternidad que acoge a quien quiere vivir su soledad en las cuevas que rodean el pueblo o compartir un rato de amigable charla con ellos. No es una oferta desdeñable en un mundo de prosas y de ruidos de todas clases, un mundo en el que la abundancia de objetos de consumo, de mensajes y de ecos, no nos dejan oír la verdadera voz humana. Entre los secarrales de Farlete hay una oportunidad de separar las voces de los ecos.

Hoy, el noviciado se hace en el país de cada uno, la falta de posibilidades para vivir y razones antropológicas, como no desarraigarse a la gente de su lugar, lo aconsejan.

Entramos en la casa de la fraternidad, una casa sencilla de pueblo, como otras, más y menos que otras; directamente, de la calle pasamos a la habitación que hace de sala de estar y de come-

dor, toda la planta que hay encima de nosotros se apoya sobre una viga de madera que llama nuestra atención por su salud y su grandeza, se trata de una sabina, nos dice Ramón, el carpintero, una reliquia de los árboles de madera imputrescible que en unos tiempos, no demasiado lejanos, poblaban estos montes ahora agónicos y quemados, desprotegidos ante los vientos y el solazo.

Ramón, Renato y Enrique, los tres hermanos que forman la fraternidad de Farlete, intentan vivir esta experiencia trabajando en diferentes actividades. Ramón (52 años), que vive en el pueblo desde hace 23 años, se dedica a la carpintería en un pequeño taller. Ha sido delegado de las fraternidades en España. Enrique es el más joven, 42 años, se dedica a la reforestación de bosques, aunque últimamente, debido a la escasez de trabajo, ha emprendido el proyecto de una cooperativa que se va a dedicar a trabajar en el montaje de cables eléctricos para coches (GM), es una tarea que se realiza en algunos lugares de Aragón, pagada por piezas realizadas y de manera autónoma. Renato, de 47 años, se dedica a trabajar en el campo, de peón y tractorista. Cuando estuvimos en su casa apenas nos vimos, había estado sembrando durante todo el día. Renato, además, colabora desde hace años en Cáritas Rural y es

miembro de la Comisión permanente de Cáritas Diocesana.

¿Quiénes son los hermanos de Jesús? (Ramón nos acerca el último boletín que han escrito)

«Fue Nazaret el misterio de Jesús que catalizó la experiencia espiritual y apostólica de Carlos de Foucauld. Y, como él, también estos religiosos han bajado con Jesús a Nazaret. Al Nazaret de donde parece que no puede salir nada bueno, pero desde el que Jesús anunció el tiempo de la Gracia en el que los pobres van a recibir la Buena Noticia de su Liberación y desde donde se va a proclamar esta Buena Noticia a toda la humanidad.

Como el Nazareno, los Hermanos de Jesús se sienten llamados a la contemplación y a la contemplación pura.

Y porque la contemplación es en sí misma apostólica, el Hermano de Jesús revela por su vida el verdadero rostro de Dios y afirma existencialmente el amor gratuito de Jesús a todos los hombres a través de su Encarnación.

Lo original de esta *vocación absolutamente contemplativa* es que los Hermanos de Jesús viven la contemplación a la intemperie, en una casa cualquiera de cualquiera de los barrios marginales existentes en las periferias de la geografía humana. Sin horarios, sin hábitos, sin barreras protectoras de sus vecinos les manifiestan al Invisible, a través de unas vidas que se convierten en interrogantes vivientes.

No se apartan de la vida humana sino que al contrario se arrojan en su miseria, donde ya no son las murallas, sino las exigencias de un amor constantemente depurado del prójimo, los que guardan y abrigan su contemplación de amor.

Es una *vida testimonial* que alcanza a los demás por el camino del inconsciente.

Los hermanos de Jesús viven *entre el común de los pobres*. Son uno de ellos compartiendo sus condiciones de vida en el trabajo o en el paro, en sus barrios marginales o en la emigración temporalera, incluso como vagabundos. Allí son unos pobres y pequeños granos de trigo cristiano, enterrados para morir en un suelo árido y hostil de donde, sin embargo, Dios no está ausente.

Allí viven como *verdaderos amigos* de todos sus vecinos. Ser amigos es la mediación sustancial de su irradiación. Amigos solidarios en todas las situaciones. *Amistad que no es una estrategia* para domesticar al prójimo; el prójimo es amado tal cual es, aquí y ahora, tal como Dios y las generaciones lo han hecho, y es así, de una manera totalmente desinteresada y totalmente libre, como se quiere su bien, su bien eterno y su bien temporal, también.

Es así como su vida es una vida de noche completa en cuanto a los frutos visibles y mensurables. No sólo renuncian a actividades que les demuestran la eficacia de sus vidas, sino a saber si el testimonio de amor que ofrecen ha sido verdaderamente recibido».

Así se ven a sí mismos en el editorial del último boletín bimestral –septiembre-octubre– de *Jesús Cáritas* que editan las familias de Carlos de Foucauld y que nos introduce, con sus palabras, en la forma de pensar y de vivir de estos hombres.

¿Qué es una fraternidad de Hermanos de Jesús?

Una fraternidad es un apartamiento en una barriada popular, una casa de pueblo parecida a las otras, una vivienda sencilla idéntica

a la de las gentes sencillas del país, y los hermanos comparten la vida cotidiana de sus vecinos: una vida ordinaria hecha de relaciones sencillas, de trabajo codo a codo con los que no cuentan en nuestro mundo, a menudo en lo más bajo de la escala social; tocados como los demás por la precariedad y el desempleo, juntos en la misma lucha, el mismo combate por la vida. Nada de extraordinario. Estas cosas bien sencillas abren hacia una amistad que no es nada banal.

A la raíz de este proyecto de vida hay un *descubrimiento*: ¡Dios ama a todos los hombres –varones y mujeres– de la tierra y quiere darles su vida!

Nosotros *somos una comunidad de orantes*: en cada fraternidad hay un oratorio. Orar es estar cerca de Dios, con el corazón abierto, perseverar en buscar su rostro en el silencio, recibirle, dejarle modelar nuestra vida, escuchar su proyecto de vida para el hombre, tender hacia Él, en la espera.

Pero la vida de un hermano supone pasar mucho tiempo con los demás, en el trabajo, en el barrio, en la casa. Y debemos aprender a hacer de todo ese tiempo un encuentro con Dios.

Porque rezar es también buscar su huella entre los hombres, dejarle moldear nuestra vida a través del compartir, el recibir a los demás y marchar hacia Él, paso a paso, con ellos.

– *El trabajo* es una forma de encarnación y de autonomía; al ser precario, en ocasiones la autonomía se sujeta en la comunidad. Seis brazos pueden más que dos.

Junto al trabajo, se hacen *votos de pobreza, castidad y obediencia*.

– *Le decimos a Ramón* que nos hable un poco de esos votos y nos explica que los votos se reali-

zan después de una vida de varios años (8-9) desde que se siente la llamada a vivir como Hermano. Si la llamada se precisa, se hace un tiempo de vida común con los hermanos: trabajo a tiempo completo, oración, vida con la gente. Los intercambios con los hermanos permiten ver más claro y tomar la decisión de comprometerse más.

Viene entonces el noviciado que comprende un año de vida común con otros novicios. El ritmo de vida es diferente: trabajo a tiempo parcial, estancias de retiro, intercambios con otros hermanos y diálogo con el responsable del noviciado, lectura de la Palabra de Dios, reflexión sobre la vida religiosa y la Fraternidad. Es un tiempo de búsqueda común y un tiempo sobre todo en el que se profundiza el encuentro y la adhesión a Jesús. Al cabo del año en común, puede ir a unirse a una Fraternidad ordinaria.

Después de algunos años habrá un tiempo de formación. Ciclo de dos años en Friburgo (Suiza) para estudiar teología y filosofía; los que ya tienen práctica de estudiar van directamente a la Universidad como oyentes. En formación profesional aprovechan los recursos de la comunidad en la que viven; su tendencia es hacia los trabajos sencillos, bajos. Éste es un nuevo tiempo de compartir y de búsqueda común, de profundización y de maduración. No se buscan títulos. Viene después el momento del compromiso definitivo, después de 8 ó 9 años de vida en fraternidad.

La pobreza. Tiene rostros con los que compartimos la vida. No es búsqueda de realización, sino de compromiso.

La castidad. Es un compromiso exclusivo interior de cara a Jesús y al evangelio. Se trata de disposición, disponibilidad plena.

La obediencia. Es mirar de forma comunitaria el proyecto personal. No hay un marco preestablecido; cada uno busca su camino con los demás, inmerso en una situación concreta.

Como nuestro fin es amar, *la inserción y la permanencia es fundamental para nosotros.* Estar con una solidaridad de destino en todo lo posible. Nuestra obediencia no es de jerarquía vertical, sino horizontal. Intentamos hacer una lectura positiva de lo que vemos: la aparente falta de horizontes. Jesús está presente en esta historia, ahora.

Nos implicamos muy sencillamente y muy desde abajo. No organizar, sino participar, dejar hablar y compartir. Para los activistas no hacemos nada. Intentamos estar presentes en la vida cotidiana.

El camino de la vida contemplativa es indisoluble del compartir la vida real de los pobres y oprimidos. Nos atrevemos a proponer un mensaje: Jesús está realmente presente en nosotros y en el corazón de los pobres. Hoy nosotros no esperamos ya nada «de los ricos y de los poderosos». Unidos a los pobres y oprimidos reencuentramos juntos la esperanza.

Ofrecemos al mundo este proyecto vivido de una fraternidad como una verdadera respuesta profética, fundado en el Dios de Jesús y en la radicalidad de nuestro compartir la vida con los oprimidos.

El mundo, tal como es, es el lugar de nuestra experiencia de amor, en él hacemos nuestra experiencia de Dios, construimos el Reino y se juega nuestra vida contemplativa.

Jesús ofrece el Reino a los pobres, la liberación a los oprimidos (Lc. 4, 16-19). Jesús nos pide ser con ellos para entrar en él. Ésta es la originalidad y la riqueza

de nuestra vocación que nosotros vivimos en iglesia.

El contemplativo es Jesús, en su relación de amor al Padre y a los otros, en su vida compartida, humana, ofrecida. Él es el rostro humano de Dios (Jn. 14, 9 y 12, 45).

Tener la mirada, el corazón, el Espíritu de Jesús; espíritu que nos orienta hacia el Padre y nos hace decir *Abbá*.

Así pues, está claro que las fraternidades viven en el mundo de los pobres y es ahí donde hacen la contemplación. Sin duda es una idea poco frecuente de contemplación. Los testimonios de los hermanos en los distintos países del mundo y sus diversas circunstancias corroboran lo mismo: «...Según mi parecer, esta vida, cuanto más ordinaria es y banal y aparentemente inútil, más juega eficazmente este papel de puente, a pesar de que no seamos bien el cómo. Camino sin duda estrecho y sinuoso y escarpado, pero que debemos mantener siempre abierto y practicable» (Paul, Vietnam).

—Hablan de experiencias duras y cotidianas, desde ellas:

«No sé lo que me espera mañana y en los próximos meses, pero no quiero quedar cortado de esas gentes despojadas del derecho a un trabajo decente, todas esas gentes a las que se les hace sentir que no se las necesita, que son un peso para la sociedad. ¿Cómo quedarme cerca de ellos si terminase por encontrar un empleo estable? Es bueno en todo caso el haber vivido todo este tiempo con ellos para sentir y compartir lo que deben sentir y compartir lo que deben padecer, para permanecer en adelante fiel a los compromisos y a las luchas que me esperan» (Regis, Lille).

«Hay que alegrarse por no tener nada, especial y ser tratados

como nuestros semejantes que no tienen ninguna influencia o distinción» (Isidore, Camerlín).

«Todo vuelve a comenzar en mí por un gesto muy sencillo, repetido muchas veces en mi vida: dejarlo todo y emprender de nuevo el camino. Sin fijarme una meta concreta y llevando tan sólo lo estrictamente necesario: una muda, el saco de dormir y una biblia de bolsillo... Lo que importa es que no aparquemos en mitad del camino» (Juan Luis, vagabundo desde hace veinte años, España).

«Aporto un pequeño "saber hacer" a algunos capaces de superarme por la experiencia adquirida en el plano técnico, y me devuelven el céntuplo a nivel de los lazos que se tejen entre nosotros» (Claude, 64 años, llegado a la edad de jubilación, echa una mano a los presos).

«Cuando el cansancio y la enfermedad están ahí, no quedan más que las pequeñas cosas de cada día. Éstas tienen el premio de la felicidad. Es importante para el mundo que en el 113 B de mi calle hay un hombre feliz» (Charles, jubilado, Rotterdam).

— Todos estos testimonios nacieron de una admiración que sintió Carlos de Foucauld y que, los que le siguen, comparten: La humildad increíble de un Dios que ofrece su amistad y espera como un mendigo la respuesta. Lo que le impresionó a Carlos es que Dios no vino a cualquier sitio para vivir nuestra vida humana, vino a Nazaret, viviendo como un nazareno ordinario, ligado con los habitantes y con la reputación de su pueblo. La línea está clara: seguir a Jesús, pobre artesano de Nazaret, la vida de Nazaret en todo y para todo, en su simplicidad y en su grandeza. Ya no se trata de separarse del mundo sino, al contrario, integrarse en el mundo y dejarse adoptar por sus her-

manos. Es una búsqueda de esa reciprocidad que da la amistad, esa situación de igual a igual. *Nazaret es siempre descender* para estar verdaderamente ligado a los pobres, hasta el punto de ser pobre con ellos y dependiente de ellos, en igualdad.

Foucauld, como Mounier y M. Legido, tienen las mismas raíces: «nuestro anonadamiento es el medio más poderoso que tenemos para unirnos a Jesús y hacer el bien a los hombres» (S. Juan de la Cruz).

No se trata tanto de convertir, sino de caminar juntos hacia Dios, dejarse vincular a los compañeros de camino.

Ésta es la llamada que hemos recibido: tras los pasos de Jesús, comprometer nuestra vida en este camino de comunión; dejar a Dios que nos dé su vida, aceptar el darle la nuestra, dejarle hacer en nosotros un corazón de hermanos. Eso es Nazaret: uno con Dios y uno con los hombres, inseparablemente.

— *Nuestra misión es gritar el evangelio sobre los tejados con la vida. Pero con los pobres*, porque hay algo en Dios que no se dice más que en la pobreza. Un Dios que quiere dar su vida pero que queda a la puerta y no se impone, es un Dios que mendiga; un Dios que tiene sed de nuestra respuesta y que espera nuestra vida para unirlos a la suya, es un Dios pobre. Y desde la fraternidad, porque hay algo en Dios que no se dice más que haciéndose hermano. «No tenéis más que un solo Padre y sois todos hermanos» (Mt. 23, 8-9). Dios nos pide un compromiso concreto y realista, sin excluir a nadie. Sin duda que hay algo de Dios que no se dice más que en un compartir la vida con los pobres: «Yo te bendigo Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y

se las has revelado a la gente sencilla» (Lc. 10, 21).

En definitiva, es una cuestión de mirada y de confianza. Entrar cada día un poco más en el compartir con las gentes sencillas y descubrir el corazón del hombre.

Dejar que ese descubrimiento resuene en nosotros y darnos cuenta de que a través de él, Dios nos habla. Sabemos que el mundo es duro; sentimos, como muchos otros, que Dios se calla. Por eso oramos, y la Eucaristía es el centro de nuestra vida: alabanza, acción de gracias y súplica. Entrar en comunión lo más cercana posible con una comunidad humana.

Hemos escuchado, sin interrumpir, su experiencia. Nos hemos sentido muy cercanos. Con sus mismas dudas, con sus mismos anhelos. Compartir, orar, reflexionar, hacer fraternidad. Quizás, pensamos, tenga excesivo peso en esta forma de vivir lo que corresponde a Nazaret. ¿No es necesario en nuestro mundo tener una presencia pública, política, al mismo tiempo? ¿No surge esta misma necesidad del evangelio? Los hermanos trabajan por la fraternidad, viviéndola en la vida cotidiana, desde una opción de pobreza compartida, sin gestos llamativos, sin pretender enseñar a nadie. No se apartan de la dureza de la vida, ni de la lucha cotidiana por hacer un mundo más humano. Nosotros sentimos la necesidad de combatir políticamente el desorden; sin embargo, nos parece que, desde su Nazaret, los hermanos de Farlete y los de todo el mundo hacen la revolución interior y preparan el corazón de los hombres para una revolución de las estructuras; revoluciones que se deben dar, así lo creemos, juntas y permanentemente, como expresión viva de lo que el hombre es: un individuo-comunitario, una persona